

LA REALIDAD, JUNTO CON EL CORAZÓN, ES NUESTRA GRAN ALIADA

*Apuntes de la Jornada de apertura de curso
de Gioventù Studentesca con Julián Carrón
Milán, Basílica de San Marcos, 4 octubre 2015*

Cantos:

*Ballata del'amore vero
La strada*

Alberto Bonfanti. Bienvenidos a este gesto con el que empezamos juntos un nuevo curso. Os saludo a los aquí presentes, y aprovecho para dar las gracias de corazón al párroco don Luigi Testore por acogernos en esta preciosa iglesia, y saludo a todos los que están conectados con nosotros. Hay treinta y dos conexiones con otras ciudades de Italia y ocho en el extranjero: desde Lugano y Friburgo en Suiza, desde Barcelona y Madrid en España, desde Lituania, desde Gran Bretaña, desde Irlanda y desde Portugal. Don Giussani nos dice de forma provocadora, y nos lo recordó el sábado pasado Davide Prosperi en la Jornada de apertura de curso de los adultos: «La jornada más bonita de la semana es el lunes, porque el lunes se vuelve a empezar, se retoma el camino, el designio, se reemprende el trabajo para plasmar la belleza y el afecto» (L. Giussani, *De un temperamento, un método*, Encuentro, Madrid 2008, p. 39). Nosotros también hemos empezado llenos de la belleza que hemos vivido en las vacaciones y que muchos de vosotros habéis testimoniado, llenos de las preguntas que todo lo que ha sucedido ha hecho emerger pero también, en algunos casos, llenos del miedo de perder esta belleza dentro de la rutina de lo cotidiano, que a veces parece ahogar cualquier deseo. Dentro de todo esto, el desafío que tú, Julián –te agradecemos que nos acompañes también este año–, nos lanzaste en el Triduo pascual, a partir del cual os hemos convocado y del que hemos dialogado ya con algunos de vosotros en Cervinia junto con nuestro amigo Davide, es completamente actual: «La realidad, junto con el corazón, es nuestra gran aliada». Junto con el corazón, es decir, junto con ese deseo de felicidad, de verdad, de belleza que no podemos quitarnos de encima, la realidad es nuestra aliada. En todas las contribuciones que habéis enviado se percibe un compromiso serio para verificar este desafío y para hacer cuentas con las preguntas que nacen de esta verificación. Hemos elegido algunas intervenciones, algunas preguntas para ayudarnos en esta nueva aventura que se ha abierto para cada uno de nosotros, ciertos de que lo que nos espera es positivo. La primera pregunta la leo yo, porque así lo prefiere la persona que la ha enviado. Nos parece importante por la cuestión que plantea.

«Con respecto a la Jornada de apertura, en el *radio* salen muchas veces intervenciones en las que se dice que en determinados ambientes, como el deportivo, o cuando uno está de vacaciones solo, por ejemplo, la realidad se presenta a primera vista como vacía de sentido. Con frecuencia se responde a esto diciendo que también esta realidad, si se mira hasta el fondo, es una posibilidad para entender mejor y para vivir lo que nos decimos en GS. Yo vivo una situación familiar complicada. Me parece que las circunstancias en las que vivo cotidianamente están siempre vacías de sentido, un sentido que es colmado ocasionalmente en las experiencias de CL. Esto hace que me enfade con frecuencia, porque cuando estoy mal, normalmente a causa de desavenencias familiares, me encuentro todavía peor porque experimento nostalgia por los momentos de vida auténtica que he vivido, hasta el punto de que, paradójicamente, preferiría no haber conocido GS para ceder a la idea de mis padres, que es que no existe nada. Sin embargo, me doy cuenta de que esta posición no me corresponde, porque yo soy exigencia de significado. Entonces, mi pregunta es: ¿cómo es posible llenar este vacío en mi vida?».

Julián Carrón. Buenas tardes a todos. Estoy especialmente contento de poder continuar el camino junto a vosotros, porque desde que os mandé el mensaje en el que decía que la realidad, junto con el corazón, es nuestra gran aliada, muchos de vosotros os lo habéis tomado en serio, y a raíz de ello han surgido muchas preguntas. Somos compañeros de camino para ayudarnos en esto. La nuestra no es una compañía sentimental, no estamos juntos para llorarnos unos a otros o para mirarnos entre nosotros. Nuestra compañía existe para ver si lo que nos decimos nos ayuda a entrar en la realidad. Si no nos ayuda a vivir, si no percibimos el estar juntos, el pertenecer a esta amistad como pertinente a las exigencias de la vida, como nos ha dicho siempre don Giussani, esta compañía dejará de interesarnos antes o después. En cambio, cuando alguien se la toma en serio, empieza a ver lo pertinentes que pueden ser las cosas que nos decimos ante las preguntas que la vida nos plantea, ante las preguntas que surgen en nuestro corazón, como dice la carta que acaba de leer Albertino.

Quisiera empezar aclarando qué significa para mí la palabra «aliada». En nuestra imaginación, pensamos muchas veces que algo es aliado nuestro porque elimina mecánicamente las dificultades de la vida; por eso, cuando las cosas no marchan así, cuando los problemas no se resuelven de forma mecánica, decimos: pero entonces, ¿cómo puede ser la realidad una aliada? Esta pregunta nos permite empezar un camino. Y de este modo empieza a manifestarse como aliada, porque hace que emerja nuestro yo, nuestras preguntas, nuestra razón, nuestra libertad. Nos ayuda a darnos cuenta de que no hay nada mecánico o automático en el hombre, porque todo pasa a través de la libertad; todo se convierte en una posibilidad, como dice la carta, ante la cual se pone en juego nuestra libertad. La realidad puede ser percibida simplemente como algo carente de sentido o bien, si la miramos hasta el fondo, dice nuestra amiga, como una posibilidad para entender más. La realidad, ¿es algo vacío de sentido o es una posibilidad? ¿Quién podrá descubrirlo? ¿Quizá quien le da vueltas a la cabeza sin más? No. Lo descubrirá quien arriesgue, quien corra el riesgo de verificar si, en lo que percibe como carente de sentido existe una posibilidad que no imagina o intuye. Y entonces las circunstancias empiezan a ser aliadas porque nos provocan, se convierten en una provocación para nosotros. Pero tengo que decidir: ¿vacío de sentido o posibilidad? ¿Alguien podría poner la mano en el fuego afirmando que la realidad carece absolutamente de sentido? ¡Os desafío! Tenéis que tomaros en serio vuestras preguntas. ¿Quién puede estar absolutamente seguro de que lo que en algunos momentos parece que no tiene sentido carezca realmente de él? ¿Cuántas veces habéis descubierto, aunque seáis todavía jóvenes, que son reales posibilidades que no se os habían pasado por la mente? ¡Qué gran ayuda nos ofrece Shakespeare cuando afirma: «Hay más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio, que en tu filosofía» (cf. W. Shakespeare, *Hamlet*, acto I, escena V)! ¿Cómo podemos descubrirlo? Lo descubriremos solo si aceptamos las circunstancias por las que la vida nos hace pasar como una provocación positiva. ¿Por qué resulta decisivo esto? ¿Por qué necesitamos de ello? Porque la experiencia elemental del hombre –es decir, esa estructura que nos constituye desde que nacemos, hecha de evidencias y exigencias de verdad, de belleza, de bondad, de felicidad– necesita de una provocación para despertarse. Se necesita una provocación que venga de fuera de nosotros para despertar nuestro yo, para arrancarnos del sopor en el que caemos muchas veces. Don Giussani nos decía que «la experiencia humana original», es decir, lo que somos, ese conjunto de evidencias y de exigencias que hacen de mí un hombre, «no se activa más que a partir de una provocación. [...] Nuestra conciencia original no se activa más que cuando es provocada, interpelada» (*De la utopía a la presencia. 1975-1978*, Encuentro, Madrid 2013, p. 179). Por tanto, el problema verdaderamente radical es que exista una provocación tal que favorezca la percepción de mí

mismo como un yo que desea todo. Son ciertos encuentros, ciertas circunstancias las que ponen en acción nuestra conciencia, la naturaleza original de nuestro yo. Lo veis cuando os gusta alguien: en ese momento empieza a salir a la luz vuestro yo con todas sus exigencias, con toda su capacidad de vibrar ante un desconocido que os atrae, os interpela y os provoca con su presencia, con su belleza; no hay posibilidad alguna de eliminarlo, hasta ese punto os hace ser vosotros mismos. El otro nos provoca a ser nosotros mismos. Lo mismo sucede en cada circunstancia. Las circunstancias son provocaciones que despiertan toda tu persona, tu exigencia de comprender, de descubrir el significado de todo; despiertan en ti preguntas. Y solo quien se toma en serio estas preguntas, solo quien ve surgir en él estas preguntas es capaz de percibir la respuesta. De hecho, solo cuando tenemos preguntas somos capaces de interceptar las respuestas. Y si la persona que ha escrito la carta presta atención, se da cuenta de que en lo que vive tiene ya un principio de respuesta: reconoce que ha vivido momentos de vida auténtica, y justamente por eso experimenta nostalgia de esos momentos. No es que no le haya pasado nada, porque realmente ha vivido momentos de vida auténtica que le hacen sentir una nostalgia que no consigue quitarse de encima, pero luego, ante las dificultades de la vida, preferiría no haberlas vivido y abandonarse a la idea de los que le rodean. ¡Es necesario decidir, amigos! Tenéis que elegir entre estar disponibles a secundar lo que habéis visto con vuestros ojos o seguir lo que os dicen los demás. ¿Queréis vivir vuestra vida o preferís que alguien la viva en vuestro lugar? Si no empezáis a decidir vivir vosotros, siempre habrá alguien que os tomará el pelo. Tenéis que decidir, porque habéis vivido momentos de vida auténtica, los habéis visto con vuestros ojos, los habéis sentido vibrar en las fibras de vuestro ser. Y si alguien te dice –como en la canción *Barco Negro* (música Caco Velho/ Piatini, letra D. Mourão-Ferreira)–: «Estás loca», «são locas» (están locas), tú respondes: «¡Tú sí que estás loco! Yo estoy completamente segura de lo que me ha sucedido». «Me doy cuenta de que esta posición», dice ella, «no me corresponde, porque soy exigencia de significado». ¡Decidid, entonces! La vida no os maltrata, vosotros no sois unos pobrecillos que nunca han visto nada verdaderamente claro, vivo, atractivo, fascinante; lo habéis visto y vivido, hasta el punto de que si los demás os dicen: «Estáis locos», esto no os corresponde porque sois exigencia de significado. ¿Veis por qué es aliada vuestra la realidad? Pero esto no es algo mecánico, porque hace falta que cada uno secunde la provocación de la realidad. De este modo podré ver emerger ante mis ojos qué es la realidad, qué soy yo y qué promesa me ofrece la realidad para el cumplimiento de mi yo.

Este verano ha sido uno de los más significativos para mí. He conseguido tener presente esa promesa, ese encuentro que tuve y que vuelve a suceder cuando estoy en esta compañía. Gracias a nuestras vacaciones y a las vacaciones de los adultos me he dado cuenta cada vez más de que la realidad no es mía, pero es para mí. Me entusiasma pensar que, suceda lo que suceda, la realidad siempre estará ahí. Sin embargo, todo cambia según te pongas delante de ella. Y este es mi problema, porque en el Equipe de GS Davide Prospero nos dijo que es bueno volver con preguntas, pero yo tengo siempre una que me asusta un poco: ¿cómo puedo mantener todo esto? ¿Cómo puedo seguir viviendo con esta conciencia de que la realidad es para mí? Yo sabía que después del Equipe y después de un verano tan verdadero no sería capaz de mantenerla, y para evitar eso me he lanzado de cabeza en todo lo que estaba haciendo, sobre todo en las actividades de GS, porque es la única compañía que me ayuda, como decía Prospero, a llevar el fardo de mi humanidad. Con el comienzo de la escuela siento que se ha borrado todo lo que había construido. Sabía que sucedería, pero no pensaba que pasaría tan pronto. ¿Cómo puedo conseguir no perder mi encuentro cada vez que la realidad se me pone delante?

¿Es verdad que se ha borrado todo? Respóndeme sí o no.

No.

«No». No podéis engañaros a vosotros mismos.

Un poquito.

Un poquito, pero no se ha borrado todo, hasta el punto de que estás aquí planteando esta pregunta. Si todo se hubiese borrado, no estarías aquí, no desearías no haber perdido lo que te ha pasado. Por tanto, el primer dato que debemos reconocer es este: no se ha borrado todo, como en cambio pensamos muchas veces. Es muy importante darse cuenta de esto: el mismo hecho de que hayas planteado esta pregunta indica que no se ha borrado de tu persona lo que has encontrado. Esto puede pareceros casi nada, y sin embargo es crucial. ¿Por qué? Porque queda algo de lo que he visto, de lo que me ha sucedido. Un evento no se puede borrar completamente de la vida. Es importante darse cuenta de ello, porque de esta forma empezamos a no asustarnos cuando nos parece que todo se ha derrumbado. Cuando os invade ese miedo, miradlo a la cara y preguntaos: ¿es verdad o no es verdad? No debéis dejar pasar esta ocasión. Cuando os entra la sospecha de que todo ha quedado borrado o eliminado, de que todo ha sido una ilusión, de que todo ha sido un sueño, mirad todo esto a la cara y plantearos la pregunta: ¿es verdad o no es verdad? Si no juzgáis si es verdad o no lo que pensáis, os quedáis bloqueados. En cambio, si juzgáis cada vez que os asalta la duda, os descubriréis cada vez más convencidos de que no ha sido un sueño, de que no ha quedado todo eliminado. Es más, percibiréis que cuando os surge esta pregunta se trata de una ocasión preciosa para volver a descubrirlo, para daros cuenta de lo consistente que es, de lo que dura lo que habéis visto y vivido. No tenéis que auto convenceros, no tenéis que contaros historietas, no tenéis que creer en “visiones”, sencillamente tenéis que tomaros en serio y preguntaros: ¿es verdad o no lo que he vivido, es verdad o no que lo que he vivido no se ha borrado? Una persona que se encontró con la comunidad cristiana y que luego se fue durante años, es más, durante diecisiete años, como me contaba un amigo, un buen día llamó por teléfono a los amigos de antes y les dijo: «¿Os seguís viendo?». «Sí». «¿Puedo volver con vosotros?». ¡Después de diecisiete años! «Por supuesto, pero, ¿por qué?». «¡Porque tengo demasiada nostalgia!». Podría parecer que después de diecisiete años no ha quedado nada, pero esa persona ha visto lo que ha visto, ha visto que existe un lugar de vida, ha visto que hay una experiencia y ha visto que todos los intentos que ha hecho al irse no han podido darle ni siquiera un minuto de la plenitud que había vivido. Nosotros no tenemos ningún problema con la realidad, no tenemos miedo de los desafíos, porque justamente afrontando las circunstancias vemos la diferencia entre Cristo y cualquier otra respuesta. Pero esto solo lo descubrirá quien no tenga miedo de verificarlo en la realidad. Me impresiona siempre la historia del hijo pródigo: su casa se le quedaba pequeña y por eso se marchó. Uno podría pensar: ha terminado todo. Pero cuando se encuentra en medio de los cerdos no puede evitar pensar: «En la casa de mi padre estaba bien; hasta sus trabajadores viven infinitamente mejor que yo, que estoy aquí comiendo algarrobas con los cerdos» (cf. Lc 15,16-17). ¿Es que ha tenido una visión? ¿Es una ilusión? ¿Es ciencia-ficción? No puede olvidar la experiencia que ha vivido en casa de su padre, que parece borrada por todas las tonterías que ha hecho. Esa experiencia, ¿había quedado totalmente borrada, como dice nuestra amiga? No, porque precisamente cuanto más se aleja, más nostalgia le entra de su casa. Dios no le ha enviado un ángel a decirle: «¡Pobrecillo!», sino que de las entrañas de su yo brota un deseo de felicidad y de plenitud: «Yo vivo aquí como un cerdo cuando podría vivir como un hijo»; y todo se propone nuevamente con más intensidad que al principio. Si el cristianismo fuese solo una invención para aquellos que no han experimentado nada de la vida, después de probarlo todo uno tendría que estar verdaderamente convencido de que todo ha terminado. Pero justamente en ese momento se vuelve a proponer todo con mayor potencia. Después

de haber verificado todos nuestros sueños, todos los atajos que hemos imaginado para alcanzar más rápidamente nuestra felicidad, justamente en ese momento aparece la diferencia del cristianismo. Y entonces uno se pregunta: ¿acaso la única alternativa es hacer tonterías, o marcharse durante diecisiete años? No. Existe otra posibilidad: cuando uno siente esta tentación puede mirarla a la cara, como decía antes. Con lo que me ha sucedido y que no está borrado del todo puedo jugar todavía la partida en este nuevo inicio. Las circunstancias te son dadas para que, al ponerte en juego de nuevo, puedas estar cada vez más segura. La vida cristiana es solo para los audaces. Si preferís una vida fácil, id a buscarla a otro sitio. La experiencia cristiana es solo para aquellos que tienen el deseo de vivir una aventura en la que no nos contamos historietas, en la que somos constantemente invitados a verificar lo que nos decimos. Pero para verificarlo es necesario jugar la partida cada vez. Y además, jugarla junto a los amigos; no estamos solos con nuestros intentos, porque estamos dentro de un lugar que nos lanza constantemente, que nos acompaña, que responde a las preguntas. Y viviendo así, la vida es otra cosa.

Al final del verano sentí un deseo loco de volver a la escuela, porque por primera vez sentía la exigencia de verificar si la belleza y la felicidad que había vivido durante las vacaciones de GS y en el Meeting formaban parte de la realidad de verdad, una realidad que para mí incluye en primer lugar la escuela. Si es verdad lo que vivo en esta compañía, debe serlo también en cualquier circunstancia, hasta el punto de sentir el deseo de estar sentada frente a mi profesor con el mismo corazón abierto que tengo durante un paseo por la montaña. Desde que empezó la escuela me estoy dando cuenta de que la estoy viviendo a corazón abierto. Lo he percibido cuando he empezado a sentir la necesidad, al terminar las clases, de ir a contarle lo que he hecho esa mañana a una amiga de GS y también a la compañía. Todo esto me parece precioso, porque por fin estas dos realidades que eran distintas, la escuela y GS, ahora son una sola cosa, y siento que sin el apoyo y sobre todo sin la presencia de mis amigos, esta realidad que ahora siento como aliada y cercana sería lejana y adversa. El comienzo del curso ha suscitado además en mí distintas preguntas, sobre todo referentes a la relación con mi compañera de mesa la cual, cada vez que terminaba una clase que yo pensaba que había sido preciosa, me mostraba su reacción apática y aburrida, hasta el punto de hacerme dudar de lo que acababa de vivir. Al principio esto me parecía un límite, pero me he dado cuenta de que no lo era, sino, al contrario, tenía que ser algo de lo que partir, un desafío. Entonces me pregunté, y todavía me pregunto, cómo es posible que ella, que tiene un corazón como el mío y vive la misma realidad escolar que yo, no consiga ver en lo que vivimos lo mismo que yo veo.

En tu opinión, ¿por qué sucede esto? ¿Cuál es el punto de partida para responder a esta pregunta, cuando vemos que nosotros tenemos una serie de exigencias que, a veces, los demás no reconocen como tuyas o cuando vemos ciertas cosas que a los demás les cuesta reconocer? ¿Cuál es el punto de partida para responder a estas cuestiones?

Mi experiencia.

¡Muy bien! Tu experiencia. ¡Tu experiencia! Hace años un universitario le preguntó a don Giussani algo parecido: «¿Y si [...] me dirijo al otro, al compañero con el que me encuentro en la universidad, y me dice en un momento dado: “Mira, esto será una necesidad tuya, yo no tengo esa necesidad”?». Don Giussani le respondió: «Uno que te responde eso está anestesiado. ¿Por qué? ¿Cómo puedes saberlo? Tú sabes lo que hay en el corazón del hombre, porque lo ves en ti [...]. Y te das cuenta de que el otro no comprende lo que tú comprendes porque está bloqueado, anquilosado, paralizado, tiene el corazón paralizado» (*L'io rinasce in un incontro. 1986-1987*, Bur, Milán 2010, pp. 364-365). Ciertas exigencias se han despertado en ti en un momento dado de tu evolución

humana, de tu recorrido humano, porque ha sucedido algo, porque te ha sucedido un encuentro, algo que las ha despertado en ti. Entonces no debes juzgar a tu compañera, simplemente debes esperar que tu compañera tenga la posibilidad de descubrirlo, como te ha sucedido a ti. Este es el alcance de nuestra experiencia: ¿cómo puede sentirse tu compañera desafiada a descubrirlo? Solo se sentirá desafiada si antes que nada respondes a la necesidad que tienes tú, como decías al principio, de verificar si la belleza y la felicidad que habías vivido en las vacaciones o en el Meeting forman parte verdaderamente de la realidad, «si es verdad lo que vivo en la compañía». Tú lo necesitas en primer lugar para ti, no solo para responder a tu compañera. La primera cuestión somos nosotros. Y justamente porque te respondes a ti misma, podrás mostrar a tu compañera cuál es la novedad que Cristo introduce en la forma de vivir la realidad. Tú desafías a tu amiga viviendo lo que te ha sucedido; al verificar lo que te ha sucedido la estás desafiando: «¿Te das cuenta de que es posible vivir de forma distinta el estudio, las relaciones con las compañeras, las dificultades, el cansancio, lo cotidiano que nos aplasta?». Y entonces entiendes el método de Dios, que es el mismo de siempre: Dios da la gracia a una persona para que alcance a todos, te la da a ti para que se la comuniques a tus compañeros. Y tú no tienes que hacer no sé qué proclamas en clase, tienes que vivir sin más, de modo que los demás puedan ver qué novedad introduce Cristo en la vida. No lo descubrirán porque lo digas con palabras y lo expliques, porque si no lo ven en ti, en tu modo de reaccionar ante las cosas, no podrá surgir en ellos la pregunta: «¿Por qué vives así? ¿De dónde nace tu novedad? ¿De dónde nace que tú entres en clase contenta y que, teniendo ante ti los mismos desafíos que nosotros, los vivas de forma distinta? ¿Por qué no te cansas nunca de volver a empezar?». Estas preguntas te ofrecen la posibilidad de responder. Tus compañeros tienen las mismas exigencias que tú, pero necesitan, como decíamos antes, una provocación adecuada para descubrir todas las posibilidades de la vida que todavía no conocen. Y como el Señor te lo ha dado a ti, en un momento dado se lo dará también a ellos. Me llena siempre de asombro el espectáculo del respeto que tiene Dios por la libertad de cada uno de nosotros: en vez de enfadarte con tus compañeros o de confundirte porque no comprenden, piensa que Dios llama a la puerta sin descanso y espera como un mendigo nuestra respuesta. Yo os reto a que encontréis alguien que ame así vuestra libertad, que ame tanto la libertad de vuestros compañeros. No podemos amar menos que Dios la libertad de nuestros compañeros.

Este verano he sufrido una gran herida afectiva. Lo que me ha afectado especialmente es que esa relación se había convertido para mí en la ocasión principal que Cristo aprovechaba para salir a mi encuentro, para hacerse presente a lo largo del día, cambiándolo a mejor y dándole plenitud. Cuando esta relación se ha interrumpido ha sido un golpe muy doloroso para mí, no solo emotivamente, sino que me he sentido traicionado por Él.

¿Por quién?

Por Cristo. A pesar de la profunda herida, he pedido ayuda a mis amigos más cercanos que, estando conmigo sencillamente, me han ayudado a afrontar la situación. Una vez que se ha pasado un poco la emoción, he hecho un balance de lo que me había sucedido y me he dado cuenta de que la realidad, a pesar del dolor, había sido mi aliada, porque la relación con mis amigos y mis padres había crecido en esta situación, pero sobre todo había renacido mi relación con Cristo. Cuando estaba sumido en el dolor había decidido conscientemente no rezar Laudes, y este no a Él era la prueba de que había nacido en mí la conciencia de que dependo de Él, porque si le digo que no quiere decir que tiene algún peso.

¿Lo veis cómo permanece?

Mi pregunta nace con el comienzo de las clases. El día a día me está aplastando, me está llevando a una apatía que no me está dejando vivir esa relación con Él que se ha vuelto vital para mí, y es algo absurdo. En el momento en que estaba mal conseguía vivirlo de un cierto modo, y ahora, en la cotidianidad normalísima que he vivido siempre, no soy capaz de hacerlo, y esto para mí es absurdo. No saber cómo verle a Él, cómo encontrarle a lo largo del día me está confundiendo. Sé que le necesito, porque he visto que en el dolor la relación con Cristo ha transformado mi herida en una ocasión para mí, pero si ahora, en la banalidad cotidiana, no consigo percibir su presencia, basta cualquier minucia para hacerme caer. ¿Qué tengo que hacer para percibir su presencia cada día? Y sobre todo, ¿cómo puedo llegar a una constancia en la relación con Él que resista a las circunstancias?

Lo primero que me asombra es lo que has afirmado: «Cuando estaba sumido en el dolor había decidido conscientemente no rezar Laudes», justamente porque tenías la sospecha de que en el fondo Cristo te había traicionado, pero observas con mucha agudeza: «pero este no a Él era la prueba de que había nacido en mí la conciencia de que dependo de Él», porque uno dice que no cuando la relación ha empezado ya.

El “no” se lo tengo que decir a alguien.

¡Perfecto! Esto es fundamental, porque muchos se enfadarían por su incoherencia y se quedarían solo en su no, como si dijeran: «Yo, a pesar de esto, he dicho que no». En cambio él no se ha quedado en la apariencia, ha ido más al fondo y ha dicho: «Mi yo es la prueba de que ya ha comenzado una familiaridad con Él, y soy consciente de esto justamente porque digo que no, porque puedo decir que no». ¿Veis como todo sirve en la vida, en la experiencia que vivimos? Este ejemplo suyo es impresionante, porque incluso un no, si uno se da cuenta, sirve; de hecho, le permite ser todavía más consciente de Aquel al que le está diciendo que no. Mañana le dirá que sí, no os preocupéis por esto. La cuestión es que yo ya he empezado una relación, que no me concibo de forma totalmente autónoma, que no me concibo solo. Yo he empezado a ver la verdad de lo que decíamos citando a Guccini: «Cuando tú no estás, yo no soy yo», cuando tú no estás «me quedo solo con mis pensamientos» (*Vorrei*, letra y música F. Guccini). ¿Por qué me gustan estas expresiones? Porque dicen que, justamente cuando nos concebimos de forma totalmente autónoma y aislados como individuos sin relaciones, la experiencia elemental me dice que yo soy yo cuanto tú estás, cuando entra en mi vida un tú –un amigo, la persona amada, la madre–; cuando tú estás, yo soy yo. Que alguien empiece a experimentar esto es algo crucial. Puedo tener momentos en los que digo que no a causa de mi fragilidad, de mi estupidez, de mi testarudez, pero ya he empezado a ver algo más interesante que todos mis noes: hay alguien con el que yo soy más yo, hay alguien que me hace ser más yo mismo, como le pasó al hijo pródigo, que percibió que había un lugar, una relación más decisiva para la vida que cualquier otra cosa, es decir, su casa y su padre. Podrá hacer todas las estupideces del mundo, pero no podrá evitar volver a casa, a su padre. Pensad en san Pedro: podía equivocarse muchas veces, pero había visto, y de hecho le dice a Jesús: «¿A dónde iré sin ti, Cristo?». Esto es más importante que todo lo demás, incluidos todos nuestros noes. Con el tiempo, según un designio que no es nuestro, según un camino que está por descubrir, gracias a la paciencia infinita que tiene Cristo con cada uno de nosotros, un cierto día llegaremos a decir también nosotros, como Pedro –después de que Jesús le preguntara: «¿Me amas?»–, y le había negado tres veces delante de todos–: «No sé cómo, pero toda mi ternura es para ti, Cristo, toda mi persona está ligada a ti» (cf. Jn 21,15-17). Será la victoria, también en vosotros, del vínculo con Cristo, será la victoria del afecto a Cristo. Todo mi afecto es para ti, Cristo. Pedro no se asustó de los muchos errores que había cometido porque, a través de ellos, se ligaba cada vez más a Él. Esto es lo más asombroso. Por eso ya tienes la respuesta a tu pregunta. «El día a día me está aplastando,

me está llevando a una apatía que no me está dejando vivir esa relación con Él que se ha vuelto vital para mí». Te pregunto: ¿cómo consigues vivir sin Él? ¡Punto! Entonces la apatía, el día a día que te aplasta te ofrecen la posibilidad de preguntarte: «Pero yo, ¿qué hago aquí? ¿Por qué no le busco?». Es como si Cristo, partiendo de las entrañas de tu experiencia, partiendo de la apatía que vives, te dijera: «¿Acaso no te faltó? ¿Puedes vivir sin mí?». ¡Respóndele! La apatía, paradójicamente, se convierte en el resorte que te lleva a la memoria de Él. Igual que la nostalgia, cuando falta él o ella, es una ocasión para la memoria. La apatía o la cotidianidad se convierten en una oportunidad para retomar la relación, esa relación que en el fondo nunca se ha interrumpido.

En este momento siento más que nunca la presencia de Cristo, y no porque la realidad que me rodea sea como he implorado que sea, más bien es lo contrario. Obviamente, doy gracias a Cristo por haberme dado estos amigos con los que puedo ser yo misma y de haberme puesto en medio de esta compañía. Sin ti, Señor, ¿a dónde iría? Lo que ocurre es que a veces mis deseos no corresponden a lo que Él querría para mí. Hay una realidad dolorosa que se me ha puesto delante, pero que al mismo tiempo es una ocasión de crecimiento para mí y también un estímulo para que abra cada vez más los ojos para buscar esa felicidad, ese bien mayor que Él quiere para mí. Cada día trato de entender qué hay detrás de este dolor, porque la realidad, junto con mi corazón, es mi mayor aliada. Gracias a tener que afrontar esta realidad me doy cada vez más cuenta de lo grande que es mi deseo de felicidad. «Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo». Me abandono a Él dejándome transportar por sus manos, diciendo que sí a este dolor. Cuando estoy con mis amigos estoy bien, sonrío a Cristo y le doy las gracias. Siento que con ellos mi camino tiene otro sabor, dulce y sencillo. A pesar de todo esto, hay momentos en los que siento que ese corazón, en la cima de la alegría, se vacía y se ve asaltado por la melancolía. Cuando estoy en casa muchas veces me siento así, y tiendo a cerrarme. Tengo miedo de huir, de no poder estar delante de Cristo porque cuando vuelvo a casa descanso, escucho un poco de música y siento que me asalta esta melancolía, que hace que ya no sienta a Cristo a mi lado como lo sentía antes.

¡No! No es la melancolía lo que te hace no sentirle más, porque la melancolía es justamente el modo a través del cual Él te está llamando: «¿Acaso no te faltó yo?».

El hecho es que, en cualquier caso, yo sé que Él está. Lo sé, Él está siempre a mi lado, pero soy yo la que huye.

De acuerdo. Lo primero que hay que hacer es empezar a ver con claridad qué es la realidad, empezar a mirarla con un juicio nuevo. La realidad, cualquier realidad, no solo la que es bonita, también la dolorosa, puede ser una ocasión de crecimiento, como decías antes, un estímulo para buscar otra cosa. Y esto dice ya que estamos empezando a mirar la realidad de forma distinta a como la mirábamos antes, cuando solo la considerábamos una molestia, algo a evitar, algo de lo que huir, pensando que no había nada bueno para nosotros en una circunstancia determinada. De aquí nace en vosotros, igual que ha nacido en mí, el descubrimiento de que la realidad es nuestra aliada. Yo no lo he aprendido leyendo un libro, sino que lo he aprendido como lo estáis aprendiendo vosotros, es decir, viviendo. Cuando empezamos a hacer experiencia, la realidad se vuelve amiga, cualquier aspecto de la realidad llega a ser amigo. Y cualquier persona que aparece en este camino se vuelve también amiga. Por eso empezamos a reconocer que los amigos representan un bien para nosotros. Tú dices: «A pesar de todo esto, hay momentos en los que siento que ese corazón, en la cima de la alegría, se vacía y se ve asaltado por la melancolía». Querida amiga, ese es precisamente el momento de tu relación personal con Cristo. Si todo lo demás te bastase, ¿cómo podrías entrar en una relación amiga y personal, absolutamente “tuya” con Cristo? Recuerdo algo que contaba don Giussani: había ido a una fiesta en la

que los amigos daban la bienvenida a una amiga que volvía del extranjero, y él estaba asombrado por la belleza de la compañía, de los amigos, de los cantos, de toda la amistad que se percibía en aquel momento de fiesta. Pero llegados a un punto dijo a los presentes: «Amigos, si en un momento dado no sentís la necesidad loca de decir Su nombre, todo esto se desvanece» (cf. *El atractivo de Jesucristo*, Encuentro, Madrid 2000, p. 166). Lo dijo en ese momento no porque las cosas fuesen mal; todo iba fenomenal: una compañía estupenda, una amistad preciosa, unos cantos bonitos, todo estupendo, pero reconocer que todo esto no basta dice quiénes somos y de quién somos. Por eso en el momento de la mayor nostalgia se desencadena de verdad la relación con Él. La cuestión es si estamos disponibles para entrar en esta relación en lugar de huir con internet, con el móvil, con los amigos, con todo. En el momento culminante decidimos entrar en esa relación única (en caso contrario seríamos como una mina flotante), aceptamos que todo lo que nos sucede es la puerta para entrar más en la relación con Cristo.

Este curso no ha empezado como los otros años, me ha costado más. Al principio pensaba que era por el estudio, o por la rutina que acabaría llegando o porque ya no estarían mis compañeros mayores. Pero me he dado cuenta de que el problema era mucho más profundo, porque el estudio ha empezado enseguida a interesarme y sigo viendo a mis amigos mayores. Cuando hicimos el primer radio y el orden del día era: «La realidad, junto con el corazón, es nuestra gran aliada», me quedé sin palabras, y no por el asombro, sino porque no tenía nada que decir, no tenía ninguna experiencia que contar. Mientras escuchaba las intervenciones de mis compañeros, crecía en mí un sentimiento grandísimo de resentimiento hacia ellos, porque tenían algo que decir y yo no. Me he visto completamente vacía y con un hastío hacia esta compañía porque me tocaba en lo más hondo. Lo que más me ha desconcertado es que, aunque dentro de mí crecía el odio hacia esta compañía, yo no puedo dejar de plantear aquí mis preguntas más profundas. ¿Por qué me siento tan ligada a algo que hace crecer en mí el hastío? Viviendo con mis amigos me he dado cuenta también de que me asaltaba una envidia profunda hacia ellos, que aumentaba este sentimiento de odio. Me asaltaba un sentimiento de inadecuación lacerante, cuya procedencia desconozco. A pesar de que sé que la realidad puede ser mi aliada, me parece que no es ni aliada ni enemiga.

Gracias. Es precioso el recorrido dramático a través del cual descubrimos las cosas; a medida que avanzamos en el camino, más nos damos cuenta de nosotros mismos. «Este curso no ha empezado como los otros años, me ha costado más. Pensaba que sería por el miedo a la rutina, pero la cuestión era mucho más profunda». ¿Lo veis? Las circunstancias nos permiten comprender la profundidad del drama humano, la belleza de la que estamos hechos. Si no hubiera vivido así el comienzo del curso, habría podido dar por descontado el título del primer *radio*: «La realidad, junto con el corazón, es nuestra gran aliada». En cambio, cuando uno tiene preguntas tan profundas como las que tiene ella, solo con leer el título del *radio* se queda sin palabras. ¡Qué intensidad a la hora de vivir cualquier cosa! Entonces empieza el drama, que debemos aprender a vivir bien, porque ante esto ella siente que crece un resentimiento. Cada uno debe decidir, porque la libertad siempre está en juego, siempre es llamada a ponerse en juego. La realidad es un signo, como nos ha dicho siempre don Giussani, ante el que cada uno de nosotros decide. ¿Ante qué decidimos? Tú estás delante de un dato: alguien que cuenta en el *radio* cosas bonitas, experiencias positivas que ha vivido, de las que ha aprendido, y te lo ofrece a ti y a todos los amigos presentes. Y esto es un bien, no te ha insultado, no te ha ofendido, ha puesto delante de ti la experiencia de un bien que ha descubierto, te ha ofrecido la contribución de su experiencia, del camino que ha recorrido, ha compartido contigo su vida. Ante este bien, incluso ante un bien como este, podemos tener dos actitudes: acogerlo por lo que es, es decir, un bien, un

deseo de compartir, una invitación a compartir tu experiencia («¿Por qué no cuentas lo que has descubierto tú?»), o bien percibirlo como un juicio sobre nosotros. En el segundo caso, empiezas a entristecerte y piensas: «Yo no tengo nada que contar». De aquí brota el resentimiento. Pero ni siquiera en ese momento estamos solos, porque siguiendo el hilo de tu relato, te preguntas cómo es posible que te sientas tan ligada a un lugar que despierta en ti hastío y resentimiento, un lugar en el que planteas tus preguntas. A nosotros nos parece una contradicción, pero no es así. A veces coexisten ambas cosas: advertir un hastío y al mismo tiempo reconocer que no podemos no volver ahí a plantear nuestras preguntas. ¿Qué promesa hemos recibido en ese lugar, que ni siquiera todo el resentimiento, todo el hastío que experimentamos pueden eliminar el presentimiento de bien que sigue prevaleciendo, a pesar de todo, y que nos hace volver hoy aquí! La cuestión es si nosotros secundamos libremente lo que nos ha sucedido en ese lugar, si volvemos a ese lugar al que nos sentimos ligados –al final es un problema de afecto–, si volvemos ahí aunque nos dejemos aferrar por el resentimiento o por el sentimiento de inadecuación que nos hace decir: «No soy digna de estar aquí». Por eso, repito, nos resulta asombrosa la figura de Pedro: cuántas veces habrá sentido la inadecuación, cuántas veces habrá sentido que no estaba a la altura de la amistad de Jesús, de la preferencia de Jesús, pero al mismo tiempo no conseguía marcharse: «Pero, ¿a dónde iré sin ti, Cristo?». Toda mi simpatía es para ti, Cristo, toda mi simpatía humana es más fuerte que toda mi inadecuación. Mi inadecuación no cuenta nada, porque prevalece mi simpatía, que es casi visceral, como la de un niño por su madre: no puede no pegarse a su madre. Es asombroso ver cómo crece esto en nosotros. Como ves, la realidad es de todo menos indiferente, es lo que constantemente te desafía para que vuelvas a ese lugar. Y cuantas más preguntas te suscita la realidad, hace brotar en ti la realidad, tanto más estas preguntas te empujan a volver a ese lugar, el único en el que son tomadas en serio. ¿Hay otro lugar en el que se tomen en serio vuestras preguntas como lo hacemos aquí? Si lo encontráis, marchaos. Os desafío: decidme si hay un lugar, fuera de este, en donde para ser vosotros mismos no tengáis que eliminar vuestras preguntas más humanas, un lugar en el que poder abrazar vuestra humanidad sin censurar nada de vuestra inadecuación, de vuestra incoherencia, de vuestro mal. Llegados a este punto, puedes entender por qué, a pesar de que muchas veces la vida nos hace caer en la cuenta de nuestra inadecuación, esto no introduce una sospecha sobre este lugar, sobre esta compañía, sobre esta amistad. Todo lo contrario: ¡menos mal que existe, menos mal que no hace falta estar a la altura! Te aseguro que si hiciese falta estar a la altura, ¡no habría sitio para mí! Este es justamente el lugar para los que no se sienten adecuados, para los que no se espantan de su inadecuación, para los que no necesitan estar a la altura para ser aceptados. Todos somos compañeros de Pedro, el primero al que Jesús eligió no porque fuese capaz, no porque fuese adecuado, sino porque tenía, como tú, un tejido humano que le hacía reconocer, a pesar de todo, que su simpatía humana era para Él, para Cristo. Se sentía tan ligado a Él que nada era capaz de separarle de Él.

Querido Julián, cuando he sabido que el título elegido para la apertura de este curso era «La realidad, junto con el corazón, es nuestra gran aliada», me he conmovido profundamente. Ninguna frase podía corresponder más a lo que he vivido en estos primeros días de curso y sobre todo durante el verano. De hecho, solo puedo entender mi comienzo de curso si pienso en los meses de vacaciones: primero en Londres y luego en la playa me he visto obligada a afrontar una serie de circunstancias que no solo no había programado, sino que nunca habría querido. Me había hecho mi idea de cómo tenían que ser las vacaciones perfectas antes de mi último curso, y sin embargo todo ha salido al revés. Al principio sentía el peso insoportable de la fatiga y de la tristeza, estaba bloqueada con respecto a mí misma y a los problemas, y me decía: «Pero, ¿por

qué suceden estas cosas?». Después de vivir algunos días ahogada, se me planteó una alternativa: o quedarme encerrada en mi esquina del mundo mirando las cosas que no eran como yo quería o levantar la mirada y aceptar con humilde obediencia que ellas podían ser una ocasión privilegiada para crecer. Fue un momento decisivo, porque se me pedía poner en juego toda la grandeza de mi libertad. De hecho, habría sido más fácil seguir siendo esclava de mi lamento constante y de la continua medida sobre mí misma y sobre los demás. Entonces me acordé de cuando decías que para emprender la lucha por tomar en serio el deseo de ser felices es necesario quererse de verdad. Es necesario quererse, porque yo sabía que las cosas no cambiarían y que tendría que luchar por ser libre de su apariencia. En ese momento era necesario que yo amase mi persona y mi corazón, que tan bien sabe qué le corresponde y nunca puede engañarse. Sostenida por la ternura amorosa de tantos amigos, de mi familia y de la belleza de los lugares que he visto, decidí levantar la mirada y mantenerla fija en lo esencial, en el Aconcagua, como me dijiste en una ocasión. Entonces me descubrí libre para amar incluso la dificultad, para no perderme en las apariencias, para no quedarme en lo que la gente piensa de mí y en cómo debería ser. Las circunstancias no cambiaron, más aún, el dolor creció con la muerte de una amiga, pero era una gracia continua, porque Dios se sirvió de las circunstancias para sacar a la luz toda la pasión de mi corazón. La realidad permitió que esa pasión despertase. Y brotó con potencia el deseo de estar ante la belleza de las cosas que veía con mirada profunda y agradecida, en contemplación silenciosa y asombrada, el deseo de buscar la pureza y la transparencia en las relaciones con los amigos, de darme totalmente en el sacrificio de ayudar en casa. Al volver de las vacaciones estaba preocupada: hacía tres meses que no veía a muchos de mis amigos y no sabía qué esperar. Entonces Dios decidió hacerme comprender definitivamente que es mucho más original y fantasioso que yo a través de muchos hechos pequeños: la llamada de un adulto amigo mío, que me dice que le importo, el redescubrimiento de la amistad con una compañera que ha vuelto de EE UU, la preparación de la fiesta para los de primero y el ver sus caras llenas de asombro, el volver a abrazar a mis amigos y conocer a personas nuevas; son ejemplos del abrazo paterno con el que ha comenzado el curso. En la escuela las asignaturas se han vuelto extraordinariamente interesantes, todo suscita en mí una sorpresa. Sé que me espera un año difícil por el estudio y por las decisiones que tengo que tomar, pero por primera vez no estoy asustada, tengo un deseo inmenso de vivir todo, de amar todo, cada persona que conozco, incluso las que veo en el metro, todo lo que se me pone delante. A veces me impresiona percibir en mí este corazón tan ardiente y vivo, tan deseoso de caminar. Los pequeños sufrimientos cotidianos están, siento que a menudo me hieren, pero a través de ellos se me indica el camino, a través de ellos comprendo qué deseo de verdad. Todo lo que suceda será una gracia sobreabundante que no puedo imaginar.

Gracias. Describes muy bien el itinerario ante el cual se encuentra cada uno de nosotros. Al principio podías pensar que las circunstancias eran un peso insoportable, pero después de algunos días se te planteó la alternativa: vivir encerrada en tu rincón o levantar la mirada y vivir esa situación como una ocasión privilegiada para crecer. La vida, amigos, es vocación. Dios nos llama a través de las circunstancias. Y solo quien secunda las circunstancias puede empezar a descubrir lo que Él, el Misterio que hace todas las cosas y que tiene mucha más fantasía que nosotros, ha preparado para nosotros. Quien crea que ya se lo sabe todo, quien crea por tanto que no necesita poner en juego la vida para responder a las circunstancias a través de las que nos llama el Misterio, se pierde lo mejor. En cambio cuando las secundamos, descubrimos que Dios es mucho más original y fantasioso que nosotros, y todo se vuelve interesante. Ya no tenemos miedo, sino un deseo inmenso de vivirlo todo. Esto sucede a través de las circunstancias, y la cuestión más interesante es

descubrir, como dice ella, que «a través de ellas se me indica el camino». El camino no es algo que conozcamos a priori, porque la vida se descubre viviendo. Dice un poeta español: «Se hace camino al andar» (A. Machado, «Proverbios y cantares», XXIX, en *Campos de Castilla*, 1917), se descubre el camino caminando, no está trazado de antemano en nuestra cabeza. Por eso, como os digo siempre, la vida es solo para los audaces, para los que aceptan el desafío de la provocación constante que nos viene de las circunstancias, que muchas veces son banales, pero es a través de ellas como el Misterio que nos ha hecho nos convoca para introducirnos más en la plenitud de la vida.

¡Buen curso, amigos!

Bonfanti. Agradecemos verdaderamente de corazón a Julián el camino que nos ha indicado, un camino que es para cada uno de nosotros y que yo, nosotros, queremos recorrer, un camino en el que debemos tomarnos en serio, cada uno en su propio grupo, los instrumentos que se nos dan y que encontráis en la hoja de los avisos.

APÉNDICE

Otras contribuciones escritas recibidas

Este verano he tenido que estudiar. Por eso me he pasado muchos días en la biblioteca y muchas horas en el metro. Obviamente, no tenía ninguna gana de ello, teniendo en cuenta que podía estar en la playa o en cualquier otro sitio. Era viernes por la tarde y volvía de la biblioteca después de un día de estudio. Tuve que esperar el metro casi quince minutos y eso me enfadó mucho, porque lo único que quería era llegar a casa, tirarme en la cama y no tener que pensar en nada que tuviese que ver con el estudio. Cuando por fin llegó, entré y me senté en el último sitio a la izquierda. Ese viernes era uno de esos días en que si te encuentras a alguien al que no te apetece saludar haces lo posible por no mirarle para que no te mire. Me sentía así con respecto a todos. Tenía los cascos puestos y escuchaba música, y solo pensaba en llegar a casa. Pero en ese momento pasó algo. Giré un poco la cabeza y vi a una chica embarazada que lloraba al otro lado del vagón. Pero no lloraba como cuando te pegan o cuando te pasa algo que no es muy importante: estaba llorando con dolor, con mucho dolor. Era tanto su dolor que hasta yo lo percibí, y me entristecí por ella. En ese momento me quedé muy trastornada y pensé en acercarme. Pero ¿qué podía hacer una chica como yo hablando con una persona tan triste, con alguien desconocido? Me pareció una estupidez hablar con ella o decirle hola sin más, y subí la música y miré para otro lado. Pero no podía evitar el dolor de esa chica de forma tan mezquina. No podía hacer como si nada después de haberla visto así, y entonces algo me movió a levantarme. Según me acercaba, tenía más miedo y más preguntas. ¿Qué le diría? ¿Qué me diría ella? ¿Qué le pasaría? ¿Por qué me estaba acercando a ella? Al final me senté a su lado y solo se me ocurrió presentarme. Le dije mi nombre y que la había visto desde mi sitio llorar y que algo me había empujado a levantarme. Me dijo su nombre, me miró y empezó a contarme lo que le pasaba. No podía creerlo. ¿Cómo era posible que una chica completamente desconocida me contase por qué sufría de ese modo? Me contó que estaba muy triste porque estaba yendo a una clínica para abortar. Le pregunté que por qué iba y si quería tener a su niña. Ella me dijo que sí, pero que eso suponía muchas dificultades y que no se veía teniendo que cuidar de una niña, teniendo que mantenerla, estando detrás de ella a cada minuto, y que a pesar de todo eso quería tenerla. Entonces le pregunté que por qué iba a la clínica si quería tener su niña. Me miró sin hablar y se puso a llorar de nuevo. Vi que tenía miedo, miedo de ser abandonada, humillada por la gente, maltratada por su novio por haber querido tener la niña, y miedo de otras cosas que podrían suceder. Cuando al final se calmó me dijo que tenía miedo, que no quería perder a su novio por lo que estaba pasando. Le pregunté si pensaba que después del aborto estaría tranquila por haberse quitado un peso de encima o estaría arrepentida. Sin dudar un momento me dijo que estaría arrepentida, que ella ya quería a su hija, que empezaba a darse cuenta de qué es el amor de una madre y del sacrificio que conlleva, y de que ella quería a su niña igualmente. Si estaba tan segura, ¿por qué iba a la clínica? Me dijo que esa misma mañana su novio la había llamado mientras tomaba una cerveza con sus amigos y le había dicho que fuese esa misma tarde a la clínica porque él no quería tener esa niña. En ese momento me vine abajo. Pensé: ¿cómo es posible hablar de esto por teléfono? Le dije que me parecía terrible y ella me dio la razón. Le hablé de las casas de acogida, de las personas que acogen, del movimiento... Y veía que según hablaba yo se serenaba un poco. Pero seguía viendo en ella ese dolor terrible. En ese momento llegamos a una parada, ella se levantó y salió del vagón corriendo. Pero de repente se dio la vuelta y entró de nuevo. Me miró, me abrazó y me dijo: «Me vuelvo a casa. No voy a la clínica. Me he dado cuenta de que esta niña que llevo dentro es de mi novio, pero es también mía, y la quiero muchísimo.

Gracias». Y salió. Yo me quedé de pie sin saber qué hacer. ¿Qué había pasado? ¿Quién era aquella chica? ¿Qué sería de ella y de su hija? Y me preguntaba: ¿quién soy yo para hacer cambiar de opinión a una persona desconocida? ¿Quién soy yo para que esa chica me contara su historia? ¿Qué papel tengo en todo esto? ¿Cómo estarán ahora esa chica y su hija? Solo tengo clara una cosa. Esto es un verdadero Misterio, algo que no soy capaz de comprender, pero la felicidad que siento ahora por haberla acompañado en esos minutos de metro es increíble.

Estoy en quinto de liceo clásico. En el *Equipe* de GS nos dijeron que por la mañana, después del desayuno, rezaríamos el *Ángelus* y Laudes antes del encuentro-asamblea. Yo no tenía ganas de ir (perdonadme si lo digo, pero quiero ser franca), porque quería empezar enseguida con la asamblea. Pero en el momento en que lo pensé, una amiga me mandó un mensaje en el que decía: «Ojos abiertos». Pues sí, abrí los ojos. Porque me di cuenta de lo que tenía delante. Antes de rezar Laudes cantamos *Al mattino* y el cura intervino diciendo: «¿Qué es lo que nos permite volver a empezar por la mañana, levantarnos cada mañana? “Que yo te vea, esto es la mañana”. Es decir, mendigar poder verle a Él, y estar delante de tu deseo. La oración es mendigar, y mendigar es algo constitutivo del hombre. Por eso rezamos: para pedir que salga a nuestro encuentro». Durante todo el verano yo me había sentido una mendiga, y por eso me hablaba directamente a mí. Entonces gocé profundamente con los Laudes, porque quería estar atenta a las palabras: no quería decir palabras sin más... De hecho, al estar con los ojos abiertos entendí que los Laudes son expresión del “deseo”, ¡porque cada palabra hablaba de mi posición de mendiga! Después de esta experiencia mi compañía “desastrada” y yo nos hemos reclamado una y otra vez a estar con los “ojos abiertos”, a estar delante de lo que sucede y reconocerlo. Por este motivo he empezado el curso de forma distinta, mendigando que Él saliese a mi encuentro cada mañana en el *Ángelus* que rezo junto a mis amigos. Estando con los ojos abiertos junto a esa compañía, he gozado el primer día, el segundo, el tercero, el cuarto, el quinto, etc. He gozado cada día en pequeñas cosas que me han sucedido: una simple sonrisa de mis amigas; una intervención de la profe de filosofía con respecto a la teoría de género, contraria a la mía, pero que me ha impulsado a informarme más para poder entender mejor; un encuentro en el que se ha hablado de la necesidad del hombre; el abrazo de una amiga que está pasando un periodo difícil en su vida... el elenco podría extenderse sin fin. Uno de los primeros días de clase tuvimos clase de griego. Yo pensé para mis adentros: «¡Bah! Ahora la profe nos echará la típica bronca porque somos pasivos, porque no estamos atentos...». Sin embargo, pensé al mismo tiempo: «Bueno, si la realidad es aliada, debería serlo también en este momento». Y entonces cambió mi actitud. Al poco tiempo, hablando de Eurípides, dijo la profe: «Eurípides muestra en sus tragedias que el hombre no se hace a sí mismo, que necesita de otra cosa distinta». Esta frase me descolocó, sobre todo porque la decía la profe en ese momento. Aquella clase era para mí Escuela de comunidad entre los pupitres de la escuela, entre personas que no son de CL, hablando de un autor acusado por muchos de sus contemporáneos de ateísmo, aun siendo “religioso” en el sentido en que lo entiende don Gius. Reconozco en todo ello que he verificado la hipótesis de la realidad como verdadera aliada incluso en la escuela. Lo único que pido para este curso que empieza es que, en esta compañía desastrada que es CL, nos ayudemos a tener los ojos abiertos para reconocer la realidad como aliada nuestra.

Durante estas vacaciones he descubierto la belleza de estar con toda mi persona delante de las cosas sencillas que se me piden. En especial, al trabajar en la vigilancia del Meeting, se me pedía esencialmente esperar. Esperar la hora precisa para abrir las puertas de la feria, esperar a personas desconocidas e incluso desagradables que necesitaran de mi ayuda. No entendía el sentido de la espera: ¿a quién esperaba? Los dos primeros días estaba enfadada por este trabajo que me parecía casi inútil. Sin embargo, poco a poco la espera empezaba a no serme tan hostil. Con el paso de los días la compañía de los amigos de mi grupo empezó a sostenerme: no esperábamos ya medio dormidos, sino que cantábamos, y cada persona que llegaba, aunque fuera para preguntar dónde estaba el baño, era un gran evento, una cosa pequeña que daba sentido a la espera. El penúltimo día llegó a pedir ayuda una persona querida a la que no veía desde hacía tiempo. Con su llegada, una buena parte de mi espera había cobrado sentido. Había esperado toda esa semana con poca conciencia, pero no en vano. Esto no puede sino darme confianza en Aquel que me ha dado la espera, sabiendo antes que yo qué tenía que esperar.

Nací con una enfermedad rara, lo que me obligó a someterme a distintas operaciones en las piernas. Luego pasó lo que nunca tendría que pasar: el clavo que me habían puesto en el fémur se rompió, y con él el fémur. Cuando pasó esto se me cayó el mundo encima, pero luego comprendí que cada vez que me habían operado había salido muy feliz, con la conciencia de que todo lo que me sucede es para mí, para mi bien. Doy gracias a Dios no por una idea, sino porque he vivido, he experimentado y he hecho experiencia de su presencia. En esta aventura he descubierto de nuevo a mis compañeros de clase y a mi familia, mi casa, a mis abuelos y a todos aquellos que me rodean. Además me he quedado sorprendida por la cantidad enorme de amigos que han rezado por mí. Este hecho ha sido para mí como un renacimiento, porque poco antes de ser operada estaba enfadada con Dios porque no quería curarme; en realidad he entendido que la curación no puede ser solo física, sino también moral, hasta el punto de que me veo dando gracias continuamente al Señor, porque sin esta situación que tengo yo no sería la que soy. Este verano he comprendido que la realidad es una grandísima aliada para mí, porque si no me tropezara con la realidad (el clavo que se ha roto) yo no sería la que soy; la realidad me permite vivir mejor el día a día y descubrir cada vez que todo lo que se me da es para mi bien. Antes de todo este “desastre” estaba muy apática ante mi realidad, ante mi vida, era una persona que «no conseguía ver los colores de la realidad», todo era en blanco y negro, pero luego la realidad ha querido entrar en mi vida con potencia, ha querido hacerme entender que estaba, que siempre había estado ahí, pero que yo no la quería mirar, no la veía, reducía todo a lo que yo quería, para mí lo demás no contaba nada, no valía la pena mirarlo. Todo lo que se me da es para mí, pero es como si cada vez tuviese de descubrirlo de nuevo; cada uno de nosotros, yo creo, necesita siempre algo que le sacuda frente a todo lo que el mundo nos propone y que nos hace olvidar siempre que la realidad es bella para cada uno de nosotros.

«La realidad, junto con el corazón, ¿puede ser tu aliada?». Se me ha repetido esta pregunta muchas veces en el último año, llegando a ser enseguida un punto que, probablemente también por la insistencia con la que se me recordaba, exigía una respuesta. Debo decir que al principio me vi respondiendo a esta cuestión de forma muy escéptica. Quizá porque este año he tenido que afrontar hechos, como el tumor de mi abuela, que se imponían dejándome sin la posibilidad de hacer nada y solo con un gran sufrimiento ante

mi inutilidad, que esos acontecimientos ponían de manifiesto cada vez más. Al comienzo de este curso he percibido un cambio que me ha hecho replantearme mi posición y mi escepticismo. Fui invitada al *Equipe* nacional de GS en Cervinia. Partí de Milán con la intención de vivir esos días para mí, después de un año en que había hecho de todo menos pararme y mirarme con seriedad, pero después de algunas horas me encontraba ya perdida. De hecho me encontré con una persona con la que había tenido algunos problemas y este hecho me llevó a perder enseguida de vista la idea de vivir esos días para mí. Preguntas del tipo: «¿Cómo me debo comportar con él?» me habían distraído. Aquella misma noche Albertino nos dijo: «Recordad que estáis aquí únicamente por vosotros. Debéis tomaros en serio a vosotros mismos en primero lugar. Lo que dais a los demás es una sobreabundancia que nace espontáneamente». Ese reclamo a vivir esos días para mí marcaron un antes y un después. Al contar este hecho en Cervinia a algunos amigos, uno me dio las gracias y me dijo: «Te has tomado en serio a ti misma ya esta noche contándonos todo esto, me has hecho prestar atención a esas palabras que me habían dejado indiferente. Si te fijas, esto es ya una sobreabundancia que me has dado». Es inútil decir lo grande que ha sido mi asombro al ver que esta sobreabundancia se ha hecho más presente aún al volver a Milán, en la vida de todos los días. Empezando por una amiga que, al no haber podido venir a Cervinia, me había pedido que le contara todo; dejando a un lado mi falta de ganas inicial, me he visto contándole todo lo que me había impresionado, entendiendo mejor todo lo que había vivido. Ha nacido una conversación sorprendente, hasta el punto de que al día siguiente me ha enviado un mensaje en el que citaba una frase del director de su escuela que le había recordado algo de lo que habíamos hablado el día anterior. ¿No es esto sobreabundancia? O una simple cena con las compañeras de clase en la que una amiga que había venido a Cervinia y yo nos pusimos a contar durante dos horas seguidas todo lo que nos había impresionado y cómo nos había ayudado a empezar de nuevo en Milán. Lo que contamos suscitó tanto asombro entre ellas que vinieron a darme las gracias y entonces me pregunté de nuevo: «¿Qué es esto sino tomarse en serio a uno mismo? ¿Qué es esto sino sobreabundancia?». Me he dado cuenta de que algo salta inevitablemente cuando empiezas a preguntarte: «Pero yo, ¿qué deseo para mí? ¿Qué es lo que desencadena en mí este hecho?». Se trata de una mirada amorosa que uno tiene sobre sí mismo y que luego se refleja en la relación con el amigo, con los padres, etc., hasta el punto de hacer que la escuela, en la que quizá no te encuentras fenomenal, se convierta en un lugar en el que poder ponerse en juego hasta el fondo. El otro día leímos en clase un texto de Pasolini en el que se decía en un momento dado: «Es un grito para invocar la atención de alguien / o pedir su ayuda; pero también, quizá, para blasfemar de él. / Es un grito que quiere hacer saber, / [...] que yo existo, / o bien que no solo existo, / sino que sé. Es un grito / en el que en el fondo del ansia / se percibe un vil acento de esperanza; / [...] / De cualquier modo esto es cierto: que cualquiera que sea / el significado de este grito mío, / está destinado a durar más allá de todo posible fin», y esto es lo que encierra el tomarse en serio. Me he dado cuenta de que la realidad como aliada no significa que ella te sustituye; significa justamente que ella te hace dar un paso en primer lugar en la seriedad que tienes contigo misma, como afirma el mismo Pasolini.